

Sábado Literario

LETRAS • ARTES • CIENCIAS • TEMAS DE LA CULTURA • BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 16 de febrero
de 1980

Escribe Alfonso ARMAS AYALA

AGUSTIN MILLARES CARLO

Semblanza de una vida →

QUIERAMOS llamar muy especialmente la atención en este artículo de Alfonso Armas Ayala que habla de la trayectoria vital de Agustín Millares Carló, una de las figuras más singulares de la cultura española en todos los tiempos, que ha fallecido recientemente. No se trata de un ritual formulario hablar aquí de un profesor ilustre y polígrafo desaparecido, sino significar que en el canario Millares se repite la trascendental hazaña de un Menéndez Pelayo, un Menéndez Pidal, un Américo Castro, un Sánchez Albornoz en la historiografía española con la trascendencia de una labor universitaria singular en su patria, en el exilio y al regreso. Uno de nuestros grandes solitarios. Incribir este nombre y este ejemplo, la significación de esta obra, en la conciencia española nos obliga a proponer desde estas páginas a todos los medios universitarios y de la comunicación la consideración más atenta para proyectar con eficacia las conquistas de esta heroica aventura científica en la menesterosa investigación española, en todos los anhelos de elevación cultural de nuestro pueblo.



ce funciones docentes en Valencia y en Barcelona.

En 1939, Alfonso Reyes, en Méjico, lo invita a formar parte de la Casa de España, germen del futuro Colegio de Méjico. Desde 1941 explica Paleografía y Latín en la Universidad mejicana. En 1959, contribuye a la fundación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Zulia, en Venezuela; en la misma Universidad desempeña distintas cátedras y ejerce acción investigadora y docente muy intensas.

Desde 1963 vuelve a ser readmitido en la Cátedra de la Universidad madrileña. Nombrado doctor «honoris causa» de la Facultad de Humanidades de Zulia. Cursos en Caracas, en México y Madrid. En 1969, miembro numerario de la Hispanic Society de Nueva York. En 1970 es nombrado hijo predilecto de la ciudad de Las Palmas. En 1974, premio extraordinario del Ministerio de Información y Turismo de España. Desde 1975 a 1977, secretario gerente del Plan Cultural Insular, en donde demostró sus cualidades organizadoras y rectoras para una programación cultural amplia y ambiciosa. En los últimos años, el doctor Millares, con una dedicación ejemplar, dirigió el Instituto de Filología Escrita de la Universidad a Distancia, en las aulas del Centro Regional de Las Palmas.

La bibliografía del doctor Millares Carló tiene tal densidad y extensión que re-

A GUSTIN Millares Carló (1893-1980) nace y muere en Las Palmas de Gran Canaria. De estirpe literaria y artística, algún ascendiente suyo figuró en la capilla de música de la catedral de Canarias; su abuelo, Agustín Millares Torres, además de historiador también fue destacado músico, y su padre, Agustín Millares Cubas, cultivó el teatro y la novela, junto con Luis Millares Cubas, su hermano, en cuya casa tuvo albergue arte, literatura y música, en una ciudad provinciana como Las Palmas de 1920. Casa en la que resonaron la voz de Unamuno, los versos de Tomás Morales o el teatro, entonces vanguardista, de Maeterlinck.

Después de cursar su bachillerato en Las Palmas, termina su licenciatura de Filosofía y Letras en 1914. Al año siguiente, profesor de latín del Ateneo de Madrid. En 1916 lee su tesis doctoral y ejerce funciones docentes en la Facultad de Letras madrileña. En 1921, catedrático de Paleografía de la Universidad de Granada. En 1923, conservador del Archivo Municipal de Madrid; en el mismo año dirige en Buenos Aires el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. En 1926, catedrático de Paleografía de la Universidad de Madrid. En 1934, académico de número de la Real Academia de la Historia. En 1937, desencadenada la guerra civil, ejer-

Más sobre la Generación del 27

Escribe
Guillermo
DÍAZ-PLAJA
(de la
Real
Academia
de la
Lengua)



Dos homenajes en el Ateneo: a Gerardo Diego —participación de un amplio grupo de poetas y lectura del homenajeado— por su premio Miguel de Cervantes y a Leopoldo de Luis por su Premio Nacional de Literatura, con una conferencia de Guillermo Díaz-Plaja (información, página 2.^a). Indicativos ambos —y a ello nos emplazamos— del compromiso de contemplar detenidamente ambas figuras de nuestra poesía en todo el alcance de su obra —poética y crítica los dos—, más allá de las primeras notas que la noticia de sus galardones nos suscitó. Estas páginas se abren o, mejor dicho, han de concretar espacios al estudio de la significación individual y contextual de tan grandes y peculiarísimos representantes de las letras españolas en nuestro siglo.



LA doble nomenclatura posible: generación del año 27 o generación de la Dictadura tiene connotaciones muy diferenciadoras. La primera, en su estrechez cronológica de un año, limita el signo de la promoción poética a la conmemoración de Góngora y su evidente consecuencia estética, de adhesión a la manera lírica neobarroca, que —como sabemos— fue flor de un día en el conjunto que estamos evocando. Por otro lado, el nombre de generación de la Dictadura tiene el grave defecto de intentar una definición a través de una antítesis, ya que sólo señala el marco exterior de un régimen que, al censurar la actitud política, empujó a los escritores a centrarse en su tarea profesional. Nadie se escandalizará si afirmo que ésta es una constante de las dictaduras e incluso una consecuencia —paradójica— de las mismas. Desaparecidos los temas multitudinarios de la propaganda electoral, o de la refriega parlamentaria, he aquí que los temas culturales pueden asumir un lugar destacado en el comentario periodístico. Yo recuerdo, por ejemplo, el esplendor de la conmemoración del centenario de Góngora (1927) o del de Goya (1928) que llegaron a ser temas de gran actualidad cultural. La polémica estética sustituye así al combate político, y de ello, sin quererlo, se deriva una mayor atención hacia lo intelectual. ¿Crean ustedes que sin la mordaza franquista a los temas políticos se hubiese tratado tan ampliamente en los periódicos de cuestiones como el tremendismo o el existencialismo?

(La prueba, «a sensu contrario», nos la ofrecen los períodos en

los que el tema político regresa a las páginas de los periódicos. A la caída de la dictadura de Primo de Rivera, los temas sociales pasan a primer término, e incluso algunos de los poetas de la generación del 27 —como Alberti— dejan el estilo minoritario por una dición más amplia y popular. Los temas estéticos —y en general culturales— pasan a segundo término. ¿Y no es eso mismo lo que está aconteciendo en estos días?)

—o—

A CLARADO, pues, el aspecto marginal y por ello desconcertante del nombre «generación de la dictadura», señalemos, en cambio, su mayor adecuación cronológica, ya que el período que abarca, entre 1923 y 1930 recoge bien el despliegue de actividades que va desde las expresiones del ultraísmo (Gerardo Diego) a las banderas desplegadas del superrealismo (Alberti, Vicente Aleixandre), pasando por las actitudes intermedias del cerebralismo intelectualista (Jorge Guillén) o afectivo (Pedro Salinas) y por toda la enorme expresión neopopularista que podría representar Federico y, en cierto sentido, Dámaso Alonso.

CON lo cual tenemos otra importante realidad generacional: la de su complejidad estética. No sólo comparando la obra de unos poetas con otros, sino incluso observando en muchos de ellos, posiciones sucesivas, cambios caleidoscópicos que son, en sí mismos, verdaderos repertorios de destreza poética y de flexibilidad intelectual.

CIERTO que existe una raíz unitaria, si bien —en algún momento— llegó a ser negada por los mismos representantes de la generación. Quiérase o no, la frondosa personalidad de Juan Ramón Jiménez es el indiscutible punto de partida, el ejemplo de adhesión a la poesía total, fuerza independiente y suprema que exige la entrega absoluta. Lo que el propio Juan Ramón Jiménez denominaría su «ética estética». La relación filial de los jóvenes poetas con el tenaz solitario, con el orgulloso aislado de Moguer o de la «Colina del Alto Chopo», es tan evidente que, incluso las aludidas anécdotas de rebeldías aisladas acaban de confirmarlo. Y una tarea de ordenación crítica, en sentido histórico, de la generación de 1927 necesita iniciarse forzosamente con la ingente figura de nuestro Premio Nobel. Olvidarlo ha sido error frecuente en estos años de deformaciones en las que el hecho estético ha quedado marginado en aras de presupuestos políticos.

QUEDA, por fin, la cuestión de la amplitud generacional, complicada por la presencia de una serie verdaderamente gloriosa de poetas, que encabeza Luis Cernuda y que, sólo en la geografía andaluza, nos da nombres como José María Hinojosa, Emilio Prado, Alejandro Collantes de Terás, Pedro Pérez Clotet, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez Cuesta, Joaquín Romero Morube, Ricardo Molina, Rafael Lafón... ¿Hay quién dé más? Pero el tema invita a continuar.

HOMENAJE A
RODOLFO HALFTER

JAMAS me he apartado de lo esencial del credo estético neoclasicista, a pesar de las mutaciones que haya sufrido mi lenguaje musical. Mi evolución presenta una evidente cohesión interna», ha declarado el compositor español Rodolfo Halfter en la presentación del primero de los dos conciertos que en su homenaje ha organizado, en su sede, la Fundación Juan March, con motivo de cumplirse este año el 80 aniversario de su nacimiento, y que son ofrecidos por el pianista valenciano y catadrático de este instrumento en el Conservatorio de Valencia, Perfecto García Chornet. Ambos conciertos, el segundo de los cuales tendrá lugar el próximo 13 de febrero, se han dedicado a la obra para piano de Rodolfo Halfter y van precedidos de una presentación a cargo del propio compositor.

En la presentación del primer concierto intervino también, en nombre de la Fundación Juan March, el crítico musical y compositor Tomás Marco, actual secretario del Departamento de Música de esta institución, quien se refirió a Rodolfo Halfter como «un gran clásico viviente que resume toda la trayectoria de la música española de nuestro siglo, y que representa la corporeización de la Generación del 27 en la música. A partir de los años cincuenta se empezaron a conocer sus obras en España y, a diferencia de otros compositores de su generación, Rodolfo Halfter tiene una presencia viva en la música española de nuestro tiempo».

A continuación pronunció unas palabras Rodolfo Halfter, quien comenzó aludiendo al ideario estético del grupo de compositores que él y otros formaron en Madrid en 1927: «Dar continuidad a la renovación de la música española, renovación representada por las obras de Albéniz, Granados y Falla. Una continuidad que fuera digna del preeminente nivel de estimación nacional e internacional que había alcanzado la producción de estos tres grandes maestros. «En el terreno de la técnica —explica el compositor— nuestro punto de partida fue la audaz y asombrosa armonía descubierta por Falla, cuyo descubrimiento constituía, para nosotros, uno de los logros más trascendentales de la música europea de la primera mitad de nuestro siglo. En la concreción de nuestro ideario estético influyó la corriente de limpio aire fresco que nos llegaba desde el Sena, el nuevo espíritu antirromántico, presente en la música de Falla y por el que la música fue liberada de la obligación de servir de vehículo para la expresión de sentimientos.»

Los compositores del grupo de Madrid de la generación del 27 (Bacarisse, Bautista, Pittaluga, Remacha, Ernesto Halfter y otros), al que pertenece Rodolfo Halfter, «aspirábamos a escribir una música pura, objetiva, purgada del folklore de panderetas». Afirma Halfter que su evolución presenta una evidente cohesión interna. «Al correr de los años, y gracias a la generosa hospitalidad que me ha ofrecido México, me he esforzado por poner mi obra al día, pero manteniendo absoluta fidelidad a un estilo derivado de los principios estéticos enunciados. Las obras para piano que integran el programa de estos conciertos representan una síntesis de la música española y las corrientes avanzadas de la música contemporánea.»

Rodolfo Halfter, nacido en Madrid en 1900, de formación autodidacta, se trasladó a México al estallar la guerra civil, país en el que ha desarrollado desde entonces una intensa labor musical: como fundador y director del primer grupo de ballet mexicano, La Paloma Azul; como maestro, en el Conservatorio Nacional de Música; director de la revista «Nuestra Música» y colaborador en «El Universal Gráfico»; y como gerente de Ediciones Mexicanas de



Música. Fue secretario general de la sección mexicana de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea; presidente de la Asociación Musical Manuel M. Ponce y director de Conciertos de Bellas Artes. En 1968 fue designado miembro numerario de la Academia de Bellas Artes de México. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Ciencias y Artes del Gobierno de México. Ha compuesto más de cuarenta obras para orquesta, conjuntos de cámara, coro, canto y piano solo, etcétera.

El pianista Perfecto García Chornet es catadrático de piano en el Conservatorio de Valencia. Galardonado con varios premios internacionales, ha dado conciertos en diversos países europeos.

«OPERACION
GUERNIKA»,
A DEBATE

EL próximo lunes será presentada en Barcelona la novela de Faustino González Aller «Operación Guernika» (Argos-Vergara), en la serie experimental editorial de rebaja estacional. Viene Faustino González Aller a demostrar que un buen escritor, por viajero, por experimentador de la vida en dos continentes, por el sentido de la actualidad, puede poner sus dotes literarias al servicio de una narrativa popular y dinámica de intriga, conspiración y aventura. La obra será juzgada en un coloquio, en el que intervendrán José Mario Armero, Manuel Leguineche, Manuel Vázquez Montalbán y Francés Vicens, de cara al autor, con la moderación de José Luis Balbín.

«LAS MANZANAS DE
ORO», DE
BALTASAR PORCEL

EN un restaurante de lo más tradicional e histórico ha querido la Editorial Planeta —Imelda Navajo, antes en Alfaguara como Relaciones Públicas— que Baltasar Porcel presentara a los críticos su nueva novela, «Las manzanas de oro», que ha escrito casi simultáneamente en catalán y castellano y doble es la edición. Pocos de los asistentes —en realidad sólo uno, Basilio Gassent— habían leído ya el libro, de modo que la exposición del autor fue absolutamente reveladora y por ello, y por los juicios del único lector, pudimos deducir que se trata de una obra singular en la que la originalidad narrativa de Porcel llega más allá de sus presupuestos anteriores, que siempre fueron ambiciosos. Seguramente que esta gran novela llega —como suele ocurrir— cuando se insiste más en aquello de la crisis de la novela, la falta de autores, las malas condiciones para ello, etcétera. Por cierto que los reunidos bromearon un poco con la asignación discutida de los consejeros del ministro La Clerva, entre los que Porcel figura. El respondió con filosofía tranquila de payés y pragmatismo catalán, que en este y otros temas sabe el escritor mallorquín encontrar la salida por la tangente en su muy depurado sentido del pacto, que cultiva con tanta fe, esperanza y caridad como ironía mediterránea.

JOAN BROSSA

CON motivo de la exposición de Poesía Visual y Poemas Objeto, de Joan Brossa, que tiene lugar estos días en la galería Skira, de Madrid, PUEBLO-Literario publicará el próximo sábado una entrevista de José Luis Jover con el escritor catalán, «discípulo» de Fregoli e inspirador del ya mítico grupo Dau al Set.

Escribe Alfonso MARTINEZ MENA

EL SECRETO
DEL TITANIC

EN torno al tema del hundimiento del «Titanic», aquel coloso orgullo de navieros que, durante su primer viaje transatlántico, en la madrugada del 15 de abril de 1912, embistiera a un iceberg, provocando una de las catástrofes más espectaculares de la historia de la navegación, al perecer 1.513 de los 2.224 pasajeros y tripulantes, se han escrito muchas lucubraciones, se ha gastado mucha tinta e incluso celuloide virgen para películas que causaron admiración en su día.

Los datos conocidos desde siempre son que se hundió a unos 923 kilómetros al sur de Terranova y 2.960 al este de Nueva York. Se trataba del mayor barco construido hasta entonces y estaba considerado como una fortaleza insumergible. El inesperado siniestro motivó incluso la creación de lo que se llamó Patrulla contra Icebergs del Atlántico Norte.

Pues bien, en base al dramático acontecimiento y al intento de rescate de los restos del buque, localizados cincuenta años después cerca de la costa de Nueva Escocia, el desde entonces novelista (puesto que ésta es su primera obra), Donald A. Stanwood, montó en 1978 una trepidante trama psicológica —policíaca (más de lo último) con el título original de «The memory of Eva Ryker», traducida a nuestro idioma como «El secreto del «Titanic»» y recientemente publicada por Ultramar Ediciones en su Colección Best-Seller.

Y a fe que la historia narrada por un supuesto famoso periodista, Norman Hall, al que se le ofrece un fabuloso contrato para escribir una serie sobre el dicho «Titanic», coincidiendo con el intento de rescate financiado por el multimillonario William Ryker, padre de una superviviente marcada por el horror de la experiencia vivida, y esposo de una víctima del naufragio. Ambos personajes son piezas claves para la investigación periodístico-policíaca de Hall y puntos de referencia, e incluso, objetivo de una serie de maniobras llevadas a cabo por delincuentes que pretenden extorsionar al tal William Ryker, secuestrando a su hija para que les entregue a cambio un valioso cargamento de contrabando introducido en el barco.

Todo esto, que parece tan elemental, se complica hasta lo indecible a través de peripecias repletas de acción; deducciones más o menos convencionales, de rigor en el género, viajes y aventuras sin cuento que llevan al investigador por medio mundo, desde Honolulu a Otawa, pasando por Ginebra, Halifax, Londres,



París, Tokio o Madrid en galopada plena de tensiones, mientras va deshaciendo la trama de una intriga determinante del destino de varias personas, que sólo ve la luz cuando Eva, la ya sesentona hija de Ryker, consigue recordar lo sucedido durante la noche previa al desastre marítimo. Una pareja matrimonial cambia hábil y sucesivamente de identidad, borrando todas las huellas que podrían delatarles, sin escatimar el asesinato, mientras huyen de la temida venganza del viejo millonario, que, ya a punto de morir, vuelve a convertir al «Titanic» en noticia con su expedición para rescatar los restos, que no tiene otro objeto que la de recuperar el botín que esconde en su casco bajo las aguas.

Ciertamente, la novela no es muy rigurosa, si consideramos, a modo de ejemplo, la versión de su estancia en Madrid, episodio que ocupa algunas páginas. Pero no es rigor lo que hay que exigir a este tipo de obras —tampoco excelencias literarias—, sino interés acuciante, intriga, acción, situaciones límite, etcétera, y de eso hay largo y tendido en «El secreto del «Titanic»», con escenas incluso de enorme efecto como las que describen los largos y agobiantes momentos del naufragio, el comportamiento de pasajeros y tripulación, y la lucha por la supervivencia de gentes confiadas que, sorpresivamente, se ven lanzadas al océano en medio de la oscuridad de la noche, con la desesperación de la impotencia.

El secreto de lo que ocurrió aquella noche (entre otros muchos secretos que, probablemente, puedan imaginarse) surge en este caso de la recordación por parte de una mujer traumatizada que se ha negado siempre a enfrentarse con los hechos acaecidos cuando era una niña de apenas diez años. Esta es la parte psicológica de la novela, como complemento del resto, trama policial llevada con el buen ritmo y dosificación que le ha permitido a Donald A. Stanwood convertirse en autor betselérico con su primera novela.

ELS COMEDIANTS,
A VENECIA

EL grupo catalán de teatro Els Comediants posee sólidos y amigables lazos en la vecina Italia, país donde en varias ocasiones han solicitado el concurso de esta farándula, que al decir de muchos monta varios de los mejores espectáculos teatrales del mundo. En esta ocasión Els Comediants ha viajado a Venecia, en cuyos carnavales intervendrá de curiosa manera: su cometido ha sido recuperar varias de las remotas tradiciones del festejo: pasacalles en góndolas, espectáculos en la calle, una antigua tradición con toro incluido, que algo recuerda los encierros de nuestro país, otra en la que el sello árabe de la ciudad sumergida retorna con el arriesgado descenso de un moro (suponemos que será un comediante disfrazado) desde la más alta torre de la catedral de San Marcos. Del 15 al 21, Els Comediants colaborará con las autoridades de la Bienal veneciana en la animación carnavalesca. Un bello ejemplo de cosas que se podrían hacer aquí.

AGUSTIN MILLARES CARLO

(Viene de la pág. anterior.)

sulta imposible hacer una exhaustiva reseña de sus numerosas publicaciones. Desde sus estudios documentales del Medioevo, pasando por sus magistrales monografías sobre paleografía y documentalística, hasta sus estudios sobre bibliografía e historia de México y Venezuela, el profesor Millares dejó un material que resulta hoy inapreciable para cualquier estudio de estas materias. Su «Paleografía» sigue siendo libro obligado en todas las Facultades de Humanidades de América y de España. Sus estudios bibliográficos en archivos españoles y mexicanos, sus traducciones griegas y latinas, sus ediciones de clásicos españoles (entre otros, Ruiz de Alarcón y Feijoo), sus valiosas aportaciones a la historiografía de las islas Canarias, sus libros dedicados a la historia de la literatura española y latina son, entre otros temas, algunos de los más caracterizados de su amplia, densa y magistral obra literaria. REVISTA SABADO

Maestro de maestros, desde su Cátedra del Ateneo Madrileño a los distintas Cátedras españolas y americanas, el alumnado, formado por Millares Carlo, ocupa hoy puestos eminentísimos en la docencia universitaria. No en vano, como introductor de los estudios paleográficos modernos en España y como maestro en bibliografía, puede ser considerado, sin

exageración, un nuevo Menéndez y Pelayo, apoyándose siempre en su vastísima erudición y sapiencia. Discipulo de Ortega Mayor, de Enrique Soms, de Menéndez Pidal y de Américo Castro, Millares supo reconocer en todo momento la huella de tal magisterio tuvo en su formación académica, del mismo modo que, con el tiempo, se convirtió en colaborador de alguno de sus propios maestros. Porque el magisterio fue nota fundamental de toda su vida, de una larga y entregada vida a la ciencia española.

Desaparece con él uno de los últimos grandes maestros de la Universidad de Lengua Española, perteneciente a esa pléyade de nombres encabezados por Menéndez y Pidal y continuada, con tanta brillantez, alumnos y discípulos de sus alumnos. Sus años mexicanos y venezolanos enriquecieron su españolismo y fortalecieron su americanidad porque su condición de canario-español fue factor fundamental para que su magisterio fuese doblemente valorado.

Trabajador infatigable, supo en todo momento dedicar su ciencia nada común a menesteres varios; desde redactar etimologías para un diccionario hasta traducir páginas pagadas por unidades en una editorial mexicana. De constante empeño juvenil, parecía descubrir cada día la lección del clásico latino. Y por eso, su dedicación, su diario quehacer, fue la mejor lección que pudo haber dictado desde la señera Cátedra que fue su vida.

Escribe César VILLAMAÑAN



JAVIER VILLAN CON SU PALENCIA Y PALENTINOS DE LA FAMA

Entre los tenaces y esforzados luchadores de la libertad por la palabra, refiriéndola a los hechos literarios, a las aspiraciones de la cultura, se citaba en este suplemento días pasados a Javier Villán cuando escribía en las páginas culturales del extinto diario «Arriba». El joven revolucionario usaba el terreno que como profesional del periodismo le daban. Hubiera preferido tal vez, o no, otro menos comprometido y determinado por el sistema, bien que seguramente en el mecanizado palimpsesto, que es hoy una publicación periódica, sabría estimar las huellas de la buena tradición literaria de aquellas columnas que también los fueron de «El Sol». El medio no es, como quiere McLuhan, tan absolutamente, el mensaje. (Para los torpes, sí.) Por otra parte, aunque no ha sido incluido en las antologías de novísimos, figura Javier Villán entre los poetas más salientes de la pasada década, de los pocos entre ellos que han primado la temática protestataria y testimonial de sus mayores, más inserta en la preocupación y el logro de la más alta calidad estética, como lo demuestran los poemarios que lleva publicados hasta ahora: «La frente contra el muro», «Parábolas palestinas» y «El rostro en el espejo». Entre sus actividades periodísticas eligió, o le encomendaron a sabiendas de sus dotes, la entrevista que ha ejercido con gentes significadas en la cultura principalmente, aunque también eligiera o le eligieran otras, y muy frecuentemente en series de residentes u oriundos regionales, provinciales o sectoriales. El ha mantenido como mucho favor siempre el recuerdo de su Palencia natal y la vinculación con aquella provincia y sus transplantado, como él, a Madrid. Sus experiencias, recuerdos y contactos de aquella parte de la «triste y espaciosa» España le han servido en diversas ocasiones para poner, junto a la emoción de tocar sus raíces, la reflexión crítica de «español caviloso», como diría Lain, con toda la luz de su entendimiento, sus ideas político-sociales y el servicialismo de actualidad y objetividad del buen profesional que es. Y, que todo hay decirlo, posibilista dialéctico para llevar el agua que ha

de mover su molino ideológico. ¡Faltaría más!

El palentino, el periodista, el crítico-social y el tratadista de temas culturales se han concitado en Javier Villán para escribir, de planta, este libro: «Palencia: paisajes con figura», que publica la editorial Molinos de Agua con la colaboración de la Casa Regional de Palencia en Madrid, de cuyas actividades culturales es Villán participante entusiasta y urbano conviviente con todos. Se trata de una colección de entrevistas con personajes palentinos que han hecho su celebridad fuera de la tierra de origen, pero que mantienen con ella vínculos de la memoria, del afecto y la frecuentación. Los dirigentes políticos o sindicales Nazario Aguado, Fernando Alvarez de Miranda y Francisco García Salve; los profesores César Albiñana, Ramón Carande, Ricardo Díez Hochleitner, Felipe Calvo, Angel Vián Ortuño y Enrique Fuentes Quintana; los periodistas César Alonso de los Ríos y Félix Ortega; el torero Marcos de Celis, el atleta Mariano Haro, los escritores Gabino Alejandro Carriedo y Tomás Salvador, el pintor Juan Manuel Díaz Caneja, el médico José María Pajares, el caricaturista Peridis, el músico Claudio Prieto y el diplomático Eloy Ybáñez Bueno. Sí; son paisajes palentinos con figuras que les respiran. El Pisuerga y el Carrión, las lomas y los cerros, los pueblos vacíos, iglesias y monasterios románicos o góticos acogen la biografía del personaje, la inscriben en la historia, en la intrahistoria, en la luz, el aire y los colores inmemoriales de esa parte de Castilla gentil que vibra el diálogo sobre los temas actuales de la política, la economía, la educación, el arte, la literatura... Hay nombres de entrevistados y de los aquí citados que, para quienes tenemos alguna relación con aquella provincia, suscitan memorias y emociones y suenan a especialmente familiares las preocupaciones de las que ellos hablan. De algunos me gustaría y debería escribir. Al fin, Javier Villán, en la contraportada, con un retrato caricatural de Peridis, cuenta su propia historia. Libro para conocer mejor a estos hombres, a Palencia, al escritor Javier Villán.

LOS CONSTANTES REGRESOS DE MANUEL ANDUJAR

MANUEL Andújar siempre está viniendo con lo suyo y de los otros del exilio y volviendo desde el regreso a él. Este poemario «Fechas de un retorno» (Ambito Literario) es, en realidad, un calendario sin fechas porque todas están superpuestas en el corazón. Un libro de reflexiva entrañación mental y de entrañable y ardiente mentalización. «Siete estancias —proclama—, varios rostros». Lo primero, la compañera de todos los momentos. Un largo poema de amor en todas las presencias y en todas las ausencias, los padecimientos, los compadecimientos, la andadura común: «Más que estar, reaparecías, / desfilabas, / en una pequeña frase reclinada, / y tus pupilas absortas / volvían a ser ruedas / planideces / con el quebranto ajeno». Sonido del «Cantar de los cantares», poeta eternamente recién casado, saliniana identificación en transparencias, conversión y re-conversión en el tiempo y sus usuras: «Añoranza y secesión / las angustias en

candencia / copilla de marear / ¿quién no la tañe y modela?». («Ambito Literario».)

Y los amigos y los todos allá: «Hemos vivido/para tejer utopías/balbuicir letras, acarrear signos.» Amigos, compañeros que pueden desaparecer, que fenecen porque la muerte hace su camino, sus agostos. Y los rostros, y las memorias encontradas acá. Y ya para siempre: «Entre España y México,/partido corazón/ojos de herido ciervo,/aullido de coyote/en la dura garganta / de varón lastimero.» Recordar y recordar. Y todo «de nueva piel se recubre». Historia e intrahistoria, pasado y presente para desmenuzarse todo, sin un solo olvido —la sombra sólo del olvido temo—, dice un tremendo verso de Bartolomé Leonardo de Argensola— recibiendo un nuevo aliento «con las claves de mi sangre/en el espejo de los rostros». Clarificación intencional a través del barroco ramaje referencial y simbólico sublimado hasta la metafísica, dejando vetas reconocibles de una larga experiencia transformada, como quería Malraux, en conciencia. Muy vibrante testimonio, pero que se levanta por encima de la historia para ser, a todo evento, poesía. Poesía ésta de Manuel Andújar hecha de muchos y hasta de contradictorios elementos verbales y retóricos. Por ejemplo, insistir en una rima asonantada, en los llamados versos de «arte menor» atípicos de medidas y acentos y con frecuentes giros sintácticos que concluye —tras infinitivos lejanos— en presente de indicativo. Elíptico conceptismo que quiere cerrarse en sentencia aunque la elude.

Si hemos de situar a Manuel Andújar —por otra parte novelista y narrador de ancha obra— entre los poetas de la generación del 36, en la parte de ella escindida y recompuesta, de menor número en el exilio que la del 27, que fue compacta allí y aquí, tendríamos que darle en lo formal y organizatorio del poema, sin ningún neoclasicismo, poco del enganche sucesorio con los del 27, con lo mucho de cercano, abundoso de identificable en el aliento existencial, y hasta diría religioso —y típico conyugal— y en lo unamuneco, machadiano y juanramoniano. Quizá de la filiación común en los clásicos, ese conceptismo al que antes he aludido que se quiebra con asperezas primitivas, medievales —contemos también la convivencia con los poetas hispanoamericanos— y que tiene, también algún rasgo surrealista. Complejo y transparente libro de emociones fuertemente apretadas en el puño y en las anfractuosidades de una rumiante cerebración de los recuerdos y los hallazgos.



GROSSO, EN FOLLETON



«DUELO en Alejandría», de Alfonso Grosso, última novela suya, ha comenzado a publicarse en el dominical de «ABC». Con ello renace una tradición hace años perdida o casi: el folletón. Un folletón no es un folletín, o sea la antigua —término que mantiene el periodismo— novela por entregas —antes llamadas folletines, que también aparecía a veces en los periódicos— lo que hoy llamamos más eruditamente y para otros usos, generalmente didácticos, «fascículos», con lo cual el folletón lo era. También aparecieron en los periódicos folletones de alto coturno literario, fueran o no novelas; libros anticipados, por ejemplo, de Valle Inclán, Unamuno u Ortega que, en algunos casos, podían tener de folletinesco que

se escribía cada capítulo para una entrega. Contagios del periodismo. Célebre fue en Lisboa la publicación de «El misterio de la carretera de Cintra» que escribieron, como si de la crónica de un suceso se tratara, José María Eça de Queiroz y Ramalho Ortigão para el popular periódico «Diario de Notícias». Parece que los periódicos han de preferir para folletones novelescos aquellas novelas que tengan algo de la dinámica, el misterio y el suspense del folletín o de la narración en su sentido más clásico de la aventura, la intriga de los subgéneros conocidos. Alfonso Grosso, que es uno de los novelistas de más altas conquistas de la belleza prosística, ha demostrado últimamente con «La buena muerte» y muy especialmente «Los invitados», que sin perder enteramente estas

calidades sabe escribir novelas de aventura, intriga y suspense de las preferidas por el gran público, y ahora los más vanguardios intelectuales jóvenes. Si el cuidado del lenguaje, del pormenor y la estructura en «Inés just coming» y «Guarnición de silla» daban deslumbradoramente en la poesía, con su esplendor barroco, últimamente este cuidado del lenguaje y la elaboración metódica se han encaminado a lograr una pieza perfecta de narración clásica igualando o superando los mejores modelos. «Duelo en Alejandría», parece, por el primer capítulo y parte del segundo que se nos ha dado en la primera entrega, una novela de este tipo, lanzada a «best-seller». Y seguramente, será también algo más. ¿O no?

1979: Un año de bibliografía

L A polémica editorial Heliodoro ha lanzado al mercado en 1979 una bella edición facsímil de «EL GITANISMO», de Francisco Sales Mayo, quizá el más conocido vocabulario gitano de los numerosos que aparecieron en España durante el siglo XIX. Se anuncia con esta obra el comienzo de una serie de libros de análogas características que llevará el rótulo genérico de «Gitanismo», en la que se integrarán en un futuro próximo el vocabulario de R. Campuzano y el anónimo «MANUAL DEL BARATERO O ARTE DE MANEJAR LA NAVAJA». Es éste un pequeño opúsculo que entusiasmó al barón Charles Davillier tanto como para entrar a saco en el texto y reproducir párrafos enteros en su conocida «ESPAGNE». Como es sabido, el libro de Davillier, lanzado por Hachette hace más de cien años, iba ilustrado con unos hermosos grabados de Gustavo Doré; varios de ellos se han seleccionado ahora para enriquecer el volumen con el que la serie «Gitanismo» inicia su andadura.

Escribe
A. GOMEZ
ALFARO

E L libro de Sales Mayo, del que se hicieron en su época diversas ediciones, siendo la más conocida la que Victoriano Suárez presentaba en 1870 como «novísima», suele ser de frecuente referencia para los interesados por los temas gitanos y flamencos. El autor —que para algunos escritos romanizó su apellido: Quindalé-Mayo— recogía en el citado libro unas páginas de divulgación, donde la fantasía completaba todo aquello que no pudo encontrar en «LOS ZINCALOS», de George Borrow, su principal fuente documental. Luego de este prólogo divulgativo, Mayo incluía una gramática de la lengua gitana y un vocabulario gitano-español; habría que esperar a Tineo Rebollo (1909) para que se completaran estos trabajos con el correspondiente vocabulario español-gitano. Aseguraba Mayo que su diccionario prescindía de la jerga germanesca de Juan Hidalgo, ya para entonces con el refrendo de la Real Academia desde las más an-

tiguas ediciones del diccionario oficial; realmente, sin embargo, el vocabulario de Mayo daba entrada a voces jergales, aun cuando en estos casos hiciera la oportuna referencia.

E L hecho de esta edición facsímil, pese a su inevitable carácter de edición minoritaria (500 ejemplares numerados), y el hecho de iniciar una serie de libros paralelos, demuestran sin duda alguna un específico interés lector hacia el tema gitano. Interés, por otra parte, no circunscrito a España, pues otros países han realizado en fechas cercanas ediciones facsimilares de libros tan cotizados como el de Franz Liszt sobre la música gitano-húngara, el del marqués de Colocci sobre los zingaros italianos y el de Paspatis sobre los gitanos del imperio otomano. Libro este último que constituye todavía imprescindible fuente para la investigación lingüística, a pesar del siglo transcurrido desde que salió al mercado y de los numerosos textos que posteriormente han estudiado el romanó (el último de auténtico valor, sin duda alguna, el «MULTILINGUAL ROMANI DICTIONARY», de W. R. Rishi, publicado en Chandigarh el año 1974. En España, y desde un ángulo muy concreto, debe destacarse «EL LEXICO CALO EN EL LENGUAJE DEL CANTE FLAMENCO», estudio del profesor Ropero Núñez que publicó en 1978 en la Universidad de Sevilla).

C ON la reedición de Mayo, la bibliografía gitana se ha incrementado durante los últimos meses con una serie de obras de muy diverso carácter. Se trata de una bibliografía esencialmente rica por su volumen numérico: 4.577 fichas registraba ya en 1914 la «GYPSY BIBLIOGRAPHY», ordenada por George F. Black para la Gypsy Lore Society, la más antigua institución científica dedicada al estudio de los gitanos. Catálogo recopilado de indudable valor documental, la «GYPSY BIBLIOGRAPHY» daba entrada a título de muy desigual categoría, e incluso adolecía de algún error, sin que esto sirva de connotación negativa para una obra históricamente importante. Valga, por ejemplo, y por lo que respecta a España, el

hecho de que figure el «DISCURSO CONTRA LOS GITANOS» (1630), del doctor don Juan de Quiñones, como original del sainetero Quiñones de Benavente.

D E este «Discurso», desmenuzado por Caro Baroja en sus «VIDAS MAGICAS E INQUISICION», donde se ofrecía una biografía detallada del autor, existe un solo ejemplar en la sección de raros de la Biblioteca Nacional; según nuestras noticias, otro ejemplar fue sacado a subasta el pasado año en Londres, con un precio de salida de 25.000 pesetas. Citado frecuentemente por referencias de segunda mano, dadas las molestias de la consulta directa, el breve texto ha sido reproducido en 1979 entre los apéndices de su «MEMORIA DEL FLAMENCO», por Félix Grande, que presta de esta forma un incalculable servicio a los interesados en el tema. La especial interpretación que del fenómeno flamenco tiene Félix Grande obliga, por otra parte, a incluir su «Memoria» dentro de la bibliografía gitana.

Comedia llamada Aurelia, agora nuevamente compuesta, en la qual se introduzcan las personas siguientes: sacada a luz por Joan Diamante.



EL GITANISMO.

HISTORIA, COSTUMBRES Y DIALECTO DE LOS GITANOS.

por D. FRANCISCO DE SALES MAYO.

CON UN EPÍTOPE DE GRAMÁTICA GITANA.

primer estudio filológico publicado hasta el día.

UN DICCIONARIO CALÓ-CASTELLANO.

QUE CONTIENE, ADÉMÁS DE LOS SIGNIFICADOS, MUCHOS TRAZOS APROPIADOS DE LA ACCIÓN PROPIA DE LAS PALABRAS DICCIONALES.

por D. FRANCISCO QUINDALÉ.

NOVA IDIOMA DICCION.

Librería de Victoriano Sáenz, Recreo, V.º, 1 y 71.

CONFERENCIAS del INSTITUTO HISPANO-ÁRABE DE CULTURA

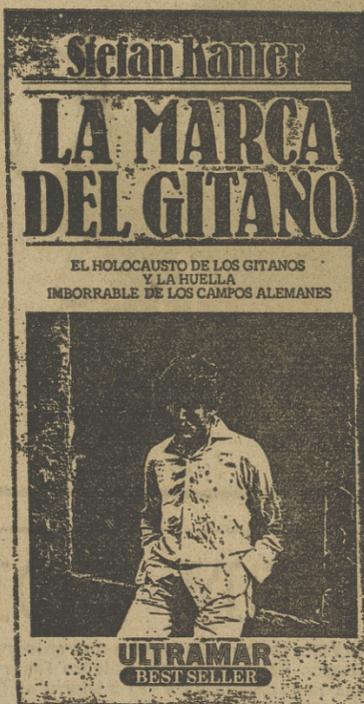
Ciclo: LOS MORISCOS EN ESPAÑA

Viernes, 2 de marzo, a las 19.00 horas

MORISCOS Y GITANOS, por la Dra. D.^a Mercedes García Abual, del Instituto Miguel Asín (C.I.A.C.).

Jueves, 8 de marzo, a las 19.00 horas

COMPARACIONES Y ASISTENTES MORISCOS EN EL REINO DE GRANADA, por D. Enrique Viquer, de la Casa de Velázquez de Madrid.



Rudolf Hoess
Yo, comandante de Auschwitz

(Autobiografía)
Prólogo de León Poliakov

Muchnik Editores

■ El gran reportaje en busca de los "orígenes" (McDowell) y el holocausto de Auschwitz

■ Recuperación de viejos textos del siglo XVII (Quiñones, Moncada)

■ Nuevas ediciones de libros clásicos (Borrow)

■ Facsímiles de antiguos diccionarios (Sales Mayo)

gitana

Comentarios y anotaciones: marginación social y despojo cultural

bosque intrincado, de contenido proteico y difícil parcelación. Los intentos de ordenar esta bibliografía han sido tan poco afortunados como numerosos; citemos entre ellos el que realizó hace no muchos años la barcelonesa revista «Pomezia», a partir de un trabajo que el gitanólogo Francis Lang había preparado para la «REVUE D'ETUDES TSIKANES». Se carece todavía, sin embargo, de un catálogo fiable y valorativo, y por esto mismo la tarea figura entre las que intentará el anunciado Congreso de Cultura Gitana, cuya presidencia de honor aceptó la pasada primavera el Rey Don Juan Carlos.

MAS suerte que el doctor Quiñones ha corrido en España el doctor Sancho de Moncada, autor de otro texto: «Discurso sobre la expulsión de los gitanos», integrado en su libro «Restauración política de España», publicado por primera vez en 1618. Recogido en la edición que del «Romancero de germanía» se hizo en los tórculos de Sancha en 1779, en el mismo siglo XVIII apareció también una segunda

edición de la «Restauración». Digamos ahora que el capítulo dedicado a los gitanos por Sánchez Dragó en su «Gárgoris y habidis» desconoce la edición príncipe del texto moncadiano, situada erróneamente en la época borbónica. De igual modo, también, cita incorrectamente la Pragmática que en 1499 expulsaba de Castilla a los gitanos. Queden aquí estas puntualizaciones, añadiendo que ambos fallos de documentación no empecen las sucesivas argumentaciones de Sánchez Dragó, cuyo capítulo sobre los gitanos debe quedar incluido dentro de la bibliografía gitana, aparecida en 1979.

Volviendo a Moncada, debemos decir que la «Restauración» fue objeto de una edición crítica por parte del Instituto de Estudios Fiscales hace unos años. Por su parte, el «Discurso» gitanesco mereció, en solitario, los honores de la reproducción en «Gitanos de la Bética» (1941), de José Carlos de Luna, de la misma manera que mucho antes los había merecido de George Borrow en «Los zinaló». Existía de

esta última obra una traducción de Manuel Azaña, publicada por La Nave en 1932, casi imposible de localizar, incluso en las más prestigiosas librerías de anticuario. Turner ha tenido el acierto de lanzar en 1979 una nueva edición del libro. Si tenemos en cuenta que Alianza reeditó también no hace mucho el otro texto clásico de Borrow, «La Biblia en España», puede asegurarse que los lectores de hoy están en perfectas condiciones para conocer el vivo cuadro que pintó Don Jorgito de la existencia gitana en la primera mitad del siglo XIX.

El acercamiento de Quiñones y Moncada al gran público de la forma que expicamos debiera ir unida a la divulgación de esa serie de opúsculos que, al amparo de la expulsión morisca de Felipe III, pretendieron entonces condicionar la opinión del país contra los gitanos. Del mismo siglo, aunque ya en fecha más tardía (1644), es el opúsculo de Pedro Villalobos, que propugnaba la denegación del asilo eclesiástico a los gitanos. Al ejemplar de este opúsculo, que conserva la Universidad de Sevilla, se ha referido Antonio Domínguez Ortiz en un breve aunque denso trabajo, incluido en el voluminoso «Homenaje a Julio Caro Baroja», publicado en 1979 por el Instituto de Investigaciones Sociológicas y distribuido por Itaca. Con cierta frecuencia estos libros de homenaje suelen resultar un «ladrillo» minoritario. Sin embargo, dada la personalidad de Caro, su múltiple curiosidad investigadora, este «Homenaje» ha logrado reunir una miscelánea de auténtico interés.

El trabajo de Domínguez Ortiz se centra en diversos documentos del siglo XVII relativos a los gitanos, a quienes también se refería incidentalmente el ilustre profesor sevillano en su aportación a la «Introducción a la historia de Andalucía», título con el que Laia ha recogido un importante ciclo de conferencias, organizado por el Ateneo de Málaga. En esta referencia Domínguez Ortiz alude a las relaciones entre moriscos y gitanos, significando cómo entre éstos, o al amparo de su nombre, se cobijaron muchos moriscos cuando se decretó su expulsión. El tema de la conexión entre ambas comunidades étnicas está centrando últimamente la atención de los investigadores. Valga a este respecto señalar la conferencia que en torno al problema dictó Mercedes García Arenal el pasado año.

La expresión «referencia de pasada» plantea nuevamente la valoración de la bibliografía gitana: a los gitanos andaluces alude, por ejemplo, breve e inevitablemente un manual que, bajo el título de «Historia básica de Andalucía», ha aparecido en 1979, sin apenas divulgación más arriba de Despeñaperros. También hay lógicas referencias a los gitanos en «La Mesta», el clásico estudio de Julio Klein, rescatado por Alianza, como las hay en la «Historia de Cádiz», publicada por Adolfo Vila Valencia, y también, aunque a muy diferente nivel, en esa conocida novela de Blasco Ibáñez «En busca del Gran Khan», cuya nueva edición ha salido en 1979. Sin duda, una alusión a los gitanos, por más breve y escueta que sea, hecha por un autor cualquiera, contribuye siempre, cuando menos, al conocimiento de las actitudes de la sociedad con este pueblo. Así Fernando Quiñones no falta en «Las mil noches de Hortensia Romero» a la precisa cita del entorno sociológico andaluz: cuarterona gitana, cruzada de andaluza, Hortensia relata un cuento popular, que finaliza con esta sorprendente invocación: «A quien San Román se la dé, San Pedro se la bendiga.» ¿Qué duende gitano, que cristianizado mengue romanó, se esconde en ese insólito santoral de la sierra gaditana?

De distinta entidad es la referencia a los gitanos contenida en otro libro de 1979, editado por Bruguera: «Mañana será libre», donde Eleuterio Sánchez cuenta, según anuncia la misma portada, «lo que no pudo contar» en su anterior «Camina o revienta». Sabido es que el protagonista, durante el período en que anduvo fugitivo, llegó a estar unido con una gitana granadina. Esta unión aparece como nervio del relato, en el que se vierten continuas opiniones personales sobre los gitanos y sus diferencias con los grupos «mercheros». Lástima que cierto tono «profesoral», latente en el relato, origine un punto de frialdad y distanciamiento en alguna zona de la anécdota.

SOCIOLOGÍA, antropología, historia, religión, arte... Ya hemos dicho que la bibliografía gitana es proteica y de casi imposible catalogación, pues en ella tiene cabida el más variado enfoque literario. Sin la urgencia del reportaje, pero con su ligera amenidad, no desvirtuada por la ocasional acotación científica o el testimonio personal, ahí tenemos, por ejemplo, un hermoso libro aparecido en 1979: «Los gitanos», de Bari McDowell. Un viaje en busca de los «origenes» gitanos, desde Inglaterra hasta la India, hace desfilar por el texto personajes y costumbres de diversos países europeos y asiáticos, acompañado todo de un impresionante aparato fotográfico en espléndido color. Editado el libro originalmente en 1970 por la National Geographic Society, Nauta ha lanzado al mercado la edición española que, si bien lleva fecha de 1978, no llegó al lector hasta ya concluida la controvertida Feria del Libro celebrada en la Casa de Campo. Aunque figuraba en los catálogos del INLE entre las novedades que presentaba dicha Feria, lo cierto es que entonces no había sido aún distribuida, al menos en Madrid. Añadamos que en la caseta montada por Hungría en la citada Feria fue posible hallar algún libro sobre sus gitanos; entre ellos, uno con bellas reproducciones del pintor gitano magiar János Bálazs.

DANDO un salto bibliográfico, no podemos olvidar otras obras de diferente contenido, pero todas con un telón de fondo común: la muerte de los gitanos en los campos nazis durante la segunda guerra mundial. Muchnik, por ejemplo ha lanzado en 1979 la versión castellana del libro que escribió Rudolf Hess, «Yo, comandante de Auschwitz», cuando aguardaba en prisión, luego de ser sentenciado en Nüremberg, la hora de su ejecución, que se produjo en 1947. La popularidad alcanzada por el tema del genocidio nazi a raíz de la exhibición del telefilme «Holocausto» explica el tardío lanzamiento de las memorias de Hess, en las que hay algún capítulo dedicado a los gitanos, como también se refiere a ellos el propio libro «Holocausto». Lectores y espectadores han podido conocer las reacciones de aquellos gitanos que, perdido trágicamente el tesoro de la libertad, esperaban la hora del exterminio. La matanza de los presos gitanos sirve de contrapunto a «La marca del gitano», novela de Stefan Kauer, editada por Ultramar el pasado año: es la historia de un niño gitano evacuado del campo, adoptado en Inglaterra, emigrado a Nueva York, atezado siempre por la pesadilla de la persecución, y liberado de ella al encontrar al «kapo» en un final insólito.

QUEREMOS referirnos, por último, a otro trabajo publicado en 1979 y que, sin formar libro, enriquece no obstante la bibliografía gitana desde el preciso ángulo de la sociología de la marginación. Se trata del número monográfico que la revista «Razón y Fe» dedicó en el mes de septiembre a «Los marginados», y en el que se incluía un capítulo sobre los gitanos, debido a María Helena Sánchez Ortega, buena conocedora del tema. Un año antes, en 1978, los gitanos también fueron objeto de similar estudio por parte de José Cazorla Pérez en un tomo sobre «Los marginados en España», de la Colección Fundamentos, y Jaime Prat rubricó el tomo dedicado a los gitanos en otra colección de Dopesa sobre «Los marginados»...

Marginados de tantas cosas, José Heredia Maya intervino en el Congreso de Escritores celebrado en Las Palmas con una comunicación titulada «Una cultura de tradición oral». No busquen ustedes el texto en las actas del Congreso. El autor explicó allí que una cultura de tales características debía prescindir de todo lo que no fuera comunicación verbal a los congresistas. Lástima, de todas formas, porque a quienes no estuvimos en Canarias nos agradaría saber lo que un gitano como Heredia Maya opina sobre la cultura de su pueblo. Al Seminario de Estudios Flamencos que Heredia Maya dirige en la Universidad de Granada debemos, no obstante, un interesante libro colectivo —su autor firma «Equipo Alfredo»— sobre el flamenco, aparecido en 1978, cuyas tesis permiten aproximarnos al «yo» y a las «circunstancias» de la cultura gitano-andaluza.

APROXIMACIÓN
A LA HISTORIA
DE ANDALUCÍA

J. A. Lacomba, J. F. Rodríguez Neila, C. Torres,
M. Cruz Hernández, M. A. Ladero Quezada,
A. Domínguez Ortiz, F. Aguilar Pinal,
A. M. Bernal, J. M. Cuena, X. Tusell,
A. M. Cifero, E. Milefakis.



V. Blasco Ibáñez
EN BUSCA DEL
GRAN KHAN



MEMORIA
DEL FLAMENCO 1



A L R E Y
NUESTRO SEÑOR

EL DOCTOR
Don Juan de Quiñones,
Alcalde de la Casa y Corte.

DISCURSO
Contra los Gitanos.

CON LICENCIA
En Madrid, Poesía González.

Año M.D.C.XXI.

ELEUTERIO SANCHEZ
«EL LUTE»

Mañana
seré
libre

Lo que no pude contar en
«CAMINA O REVIENTA»

BRUGUERA



HISTORIA BÁSICA
DE ANDALUCÍA



AUGUSTO LLORCA.

Revisó: JOSÉ M. MARTÍN PACHECO

Fernando Quiñones
Las
mil noches de
Hortensia
Romero



1.ª edición 1979
400 páginas

ANTE EL XXV ANIVERSARIO DE LOS PREMIOS DE LA CRITICA EN ZARAGOZA

LA LISTA COMPLETA DEL PALMARES

Va a hacer veinticinco años, justamente cuando iniciaba sus pasos este suplemento literario, se fallaron por primera vez en Zaragoza los premios de la crítica. Continuaron allí algunos años —volvieron una vez hace tres—, y Vallensana y Sitges, con una escapada a Murcia el pasado año, han sido sus sedes más prolongadas. Para conmemorar este veinticinco aniversario volverán en este año a la ciudad del Ebro, con solemnidad conmemorativa, los días 11, 12 y 13 de abril. Para ello ha sido elegido presidente el crítico aragonés Luis Horno Liria, que fue secretario de los años fundacionales y posteriormente dos veces presidente. La Asociación de Críticos Literarios, de los premios nacida, que ha incorporado a sus tareas la organización de este certamen anual —con intensa labor de comisiones en Madrid y Barcelona para la selección de los libros—, han entendido que el jurado debe estar constituido por todos los miembros que puedan asistir de los que fueran fundadores —falta, y no sabemos porqué el autor de la idea, Tomás Salvador—, completándose con otro grupo de los posteriores por elección entre los socios, procedimiento éste que se establece para lo sucesivo en la constitución del jurado completo de cada año. El jurado «histórico» está constituido por José Luis Cano, José María Castellet, Manuel G. Cerezales, Pablo Corbalán, Eusebio García Luengo, Lorenzo Gomis, Luis Horno, Julio Manegat, Angel Marsá, Juan Ramón Masoliver, Domingo Pérez Minik, Dámaso Santos, Enrique Sordo, Antonio Valencia y Antonio Vilanova. Forman el jurado por elección Leopoldo de Luis, Guillermo Díaz-Plaja, Florencio Martínez Ruiz, Leopoldo Azancot, Jacinto López Gorgé, Joaquín Marco, Rafael Conte, Santiago Aizarnaxi y Basilio Losada, que fueron los que mayor número de votos obtuvieron. En los primeros años la reunión se constituía por aquellos críticos que elegía el primer núcleo fundador pasando luego la designación, a instancia de presidentes y secretarios, a la dirección de los medios de difusión en que los críticos ejercían su menester. De ahora en adelante, como se ha dicho más arriba, serán todos los asociados quienes elijan, en el número que se determine, a los compañeros que han de representarles en la función de discernir y finalmente votar aquellos libros de poesía y novela que estimen los mejores entre la producción literaria del año anterior. Relatamos estos pormenores para significar el cuidado que viene poniéndose tradicionalmente en estos premios que nacieron para poner, en medio de los premios comerciales y de la variedad de los fundados por diversas entidades, uno que sin dotación económica alguna fuera el resultado de la opinión contrastada de la crítica militante, suponiéndose que el hecho de entrar en las deliberaciones del jurado ya indica unas coincidencias en la apreciación de calidades superiores entre el total de los libros editados en los dos géneros durante doce meses. El palmarés completo de premiados y el grupo de los que entrarán en las votaciones durante todos estos años bien pueden indicar lo que la literatura española —con la hispanoamericana editada aquí— ha sido en el último cuarto de siglo. Si siempre se tuvo información en el jurado de los libros publicados en las otras lenguas españolas, en los últimos años fueron incorporados críticos especializados de ella, que participando también en la castellana, propusieron premios que fueron otorgados en euskera, gallego y catalán. Seguramente que al perfilarse las autonomías, este precedente ha de tener importancia en las actividades culturales en sus ámbitos y un desarrollo considerable, si se prosigue la reunión conjunta, en la convocatoria tradicional.

TODOS LOS PREMIOS OTORGADOS

I.—1956, Zaragoza, narrativa: «La catira», de C. José Cela.
II.—1957, Zaragoza, narrativa: «El Jarama», de R. Sánchez Ferlosio.
Poesía: «De claro en claro», de G. Celaya.

III.—1958, Zaragoza, narrativa: «Gran Sol», de Ignacio Aldecoa.
Poesía: «Cuanto sé de mí», de José Hierro.
Ensayo: «La espera y la esperanza», de Pedro Lain Entralgo.
IV.—1959, Zaragoza, narrativa: «Los hijos muertos», de Ana María Matute.

Poesía: «Ancia», de Blas de Otero.
Ensayo: «La novela española contemporánea», de Eugenio de Nora.
V.—1960, Vallensana, narrativa: «Las crónicas del sochantre», de Alvaro Cunqueiro.

Escribe Jaime POMAR

JOSEP MELIÀ, NOVELISTA



NACIDO en 1939, Josep Melià es, entre nosotros, un escritor fecundo y prolífico. Mayormente, ha cultivado el campo del ensayo y la investigación. En este terreno, su temática primordial ha sido la historia de su país. Ante la pérdida de las señas de identidad colectivas de su pueblo —desde el decreto de nueva planta hasta la colonización secundaria de las multinacionales—, Melià ha elaborado, con conciencia histórica, libros contra la amnesia. En contra del olvido —con mejor o peor fortuna—, están escritos sus libros más significativos: «Els mallorquins», «La nació dels mallorquins», «Informe sobre la lengua catalana», etc.

Con vocación narrativa que cristaliza tarde, ahora ha publicado una novela: «Les pluges de sal» («Las lluvias de sal»), con la cual quedó finalista del premio Josep Pla en lengua catalana. Se trata, pues, de una primera novela de un escritor veterano. Tal vez, en el campo de la creación literaria habría que recordar un libro de poemas: «Perquè cal ser covard» («Porque es necesario ser covarde»), que en 1967 apareció publicado en la Editorial Daedalus, de Ciutat de Mallorca, en la colección La Sinia, que codirigió con Guillem Frontera. Entre el libro de poemas y la novela, sin embargo, hallaríamos pocos puntos de contacto. En los poemas flotaba una atmósfera de autojustificación personal. Eran malos tiempos para heroicidades. La novela, naturalmente, camina por otros derroteros.

«Les pluges de sal» es, de entrada, una novela de imaginación. Pero todo el mundo de Alcortà —especie de Macondo mallorquin— que bien pudiera ser una síntesis de Artá y Alcudia, parajes nativos del novelista— arraiga directamente en las dolorosas realidades históricas de nuestra tierra, Mallorca. Como influencias, se podría citar a García Márquez y Villalonga, en síntesis inteligente. Entendemos, pues, que Melià somete la costa norte y nordeste a un proceso de transformación mítico. Y encierra, en ella, a veces realista, a veces mágicamente —con alternativas técnicas de narración, que tan pronto componen un puzzle como un mosaico—, los distintos golpes de suerte adversa que nuestra tierra ha sufrido a lo largo de la historia.

Las lluvias de sal sobre Alcortà simbolizan nuestro proceso histórico, jalonado de traumas y de siniestras divisiones. En la narración, deliberadamente intemporal y ambigua al principio, perfectamente definida al final, Melià no evita claras referencias —estremecedoras por cierto— a las secuelas de sangre y muerte originadas en la pasada guerra civil. En sus «Grandes cementerios bajo la Luna» —que próximamente aparecerá en catalán, traducida por Antoni Lluc Ferrer y anotada por Dom Josep Massot; creo que el editor es Max Cahner—, Bernanos cuenta las atrocidades acaecidas en Mallorca durante los primeros meses de la guerra civil. Sobre este material de represión y de asesinato, Melià crea un clima que asume toda la tragedia y sus secuelas, con un alarde de coraje. En algunos aspectos podríamos decir que este libro rompe silencios.

Melià ha conseguido escribir una novela con ejemplar conciencia histórica. En ella, la atmósfera de miedo, de represión y de desenfreno pasa a un primer plano de protagonismo. En otros momentos, sin embargo, satiriza otras realidades. Con humor cruel, y a veces esperpéntico, entra a saco en personajes —reales o inventados—, de nuestra vida cultural o política.

Las lluvias de sal, viene a decirnos, es el castigo que merecen los pueblos divididos y enfermos de envidia. Y en Alcortà nos muestra un pueblo reprimido desde fuera y disminuido por las contradicciones internas. Con dos obsesiones fundamentales: la muerte y el erotismo. Es, en definitiva, un pueblo que ha renunciado a salvarse colectivamente y atribuye todos sus males al cielo.

Las lluvias de sal serán para ellos un castigo divino, inmerecido, en contra del cual nada pueden. Aparece aquí el miedo antropológico de nuestras gentes a responsabilizarse de sus propios actos. Este rasgo les ha atado siempre al carro de los vencedores. Un pueblo servil que se corrompe cuando el poderoso debilita su voluntad.

Esta novela ambiciosa de Melià tiene como contrapartida unos altibajos de lenguaje muy discutibles. Desequilibrios narrativos. Acción diluida en la catarata de personajes esbozados y en los cuales el autor no ha profundizado. Todo ello hace arriesgado aventurar un juicio de valor sobre Melià como novelista. Habrá que esperar su segunda novela para afinarlo.

De cualquier modo, de este libro queda el testimonio amargo de un autor que ha sabido narrar los efectos de unas lluvias de sal que han secado los pozos y han convertido en baldía la tierra, sobre la cual debían nacer las mejores esperanzas. Y apunta a un canto épico a los hombres de nuestra «part forana» que, con su resistencia —consciente o inconsciente—, en tiempos malos y peores, han sabido oponerse a un proceso de destrucción secular. Sistematizado.



Serán invitados de honor en la conmemoración de los premios de la Crítica quien fuera su fundador, Tomás Salvador, y su primer presidente, Francisco Induráin. Y será presidente quien fuera secretario de las primeras reuniones, y presidente dos veces, Luis Horno Liria.

Poesía: «Las horas muertas», de J. L. Caballero Bonald.

Biografía: «L'home del Moulin Rouge», de F. Canyameres.

VI.—1961, Vallensana, narrativa: «Tristura», de Elena Quiroga.

Poesía: «Poemas a Lázaro», de J. A. Valente.

Biografía: «Españoles de tres mundos», de J. R. Jiménez.

VII.—1962, Vallensana, narrativa: «Las ciegas hormigas», de Ramiro Pinilla.

Poesía: «Voces y acompañamiento para San Mateo», de J. María Valverde.

Narrativa catalana: «Bearn», de J. L. Villalonga.

Poesía catalana: «Comedia», de Blai Bonet.

VIII.—1963, Vallensana, narrativa: «Las ratas», de Miguel Delibes.

Poesía: «En un vasto dominio», de V. Aleixandre.

Biografía: «Memories literaries», de N. Oller.

IX.—1964, Vallensana, narrativa: «La ciudad y los perros», de M. Vargas Llosa.

Poesía: «Al Este de la ciudad», de Elvira Lacaci.

X.—1965, Vallensana, narrativa: «Gloria en subasta», de A. Núñez Alonso.

Narrativa: «Cuentos de verdad», de Medardo Fraile.

Poesía: «Libro de las alucinaciones», de José Hierro.

XI.—1966, Vallensana, narrativa: «19 de julio», de Ignacio Agustí.

Poesía: «Alianza y condena», de Claudio Rodríguez.

XII.—1967, Vallensana, narrativa: «La casa verde», de Mario Vargas Llosa.

Poesía: «Palabras en la oscuridad», de Rafael Brines.

XIII.—1968, Vallensana, narrativa: «El mundo de Juan Lobón», de Luis Berenguer.

Poesía: «Oda en la ceniza», de C. Bousño.

XIV.—1969, Vallensana, narrativa: «El ranto de las sabinas», de F. García Pavón.

Poesía: «Poemas de la consumación», de Vicente Aleixandre.

XV.—1970, Sitges, narrativa: «El hombre de los santos», de Jesús Fernández Santos.

Poesía: «El contenido del corazón», de Luis Rosales.

XVI.—1971, Sitges, narrativa: «Guarnición de silla», de Alfonso Grosso.

Poesía: «Poesía», de Eladie Cabañero.

XVII.—1972, Sitges, narrativa: «El jardín de las delicias», de F. Ayala.

XVIII.—1973, Sitges, poesía: «Setmana Santa», de S. Espriu.

Narrativa: «La saga fuga de J. B.», de G. Torrente Ballester.

Poesía: «Réquiem andaluz», de A. Canales.

XIX.—1974, Sitges, narrativa: «Los galgos verdugos», de C. Barga.

Poesía: «Las monedas sobre la losa», de C. Bousño.

XX.—1975, Sitges, narrativa: «Agata, ojo de gato», de J. M. Caballero Bonald.

Poesía: «Los caminos», de Luis Felipe Vivanco.

XXI.—1976, Sitges, narrativa: — Castellana: «La verdad sobre el caso Savolta», de Eduardo Mendoza.

— Catalana: «Cavalls cap a la fosca», de Baltasar Porcel.

— Gallega: «Xoguetes pra un tempo prohibido», de Carlos Casares.

Poesía: — Castellana: «Sepulcro en Tarquinia», de Antonio Colinas.

— Catalana: «Ara que és tard», de Joan Vinyoli.

— Gallega: «Onde o mundo chámase Celanova», de Celso Emilio Ferreiro.

XXII.—1977, Sitges, narrativa y poesía: — Catalana: «Barrio de Maravillas», de Rosa Chacel.

— «Vuelta», de Octavio Paz.

— Catalana: «Un régné per a mi», de Pau Faner.

— «Llibre de Daniel», de Joan Ferraté.

— Gallega: «O silencio redimido», de Silvio Santiago.

— «Con pólvora e magnolias», de X. L. Méndez Ferrín.

— Euskera: «Vilarraren promesa», de Juan Mari Irigoien.

«Hitzak ebakitzean», de Luis Mari Mujika.

XXIII.—1978, Zaragoza, narrativa y poesía: — Castellana: «Fragmentos de Apocalipsis», de Gonzalo Torrente Ballester.

— «Descrédito del héroe», de Juan Manuel Caballero Bonald.

— Catalana: «Llibre del retorn», de Xavier Benguerel.

— «Poemas de seny i cabell», de Joan Brossa.

— Gallega: «Aquellos años do moncho», de X. Neira Vilas.

— «Claridade en que a tentas me persigo», de Miguel González Garcés.

— Euskera: «Enejesus», de Ramón Saizarbitoria.

«Hitzikaintz idatzit dut», de Manu Ertzila.

XXIV.—1979, Murcia, narrativa y poesía: — Castellana: «Casa de Campo», de José Donoso.

— «Mester andalusi», de Angel García López.

— Catalana: «L'endemà de mai», de Miquel Angel Riera.

— «Alicates», de Ramón Pinyol.

— Gallega: «Homes de nin-gures», de Xosé Ignacio Taibo.

— «Tempo de Compostela», de Salvador García Rodaño.

— Euskera: «Bale Denborak», de Agustín Zubizarai.

«Etiopia», de Bernardo Atxaga.

LOS NIÑOS PEQUEÑOS

Escribe Manuel DE LA TORRE CAMPOY

"La rosa", por Camilo José Cela. Ediciones Destino. Barcelona, 1979.

ESTE libro, «La rosa» —tomo inicial de las memorias de Camilo José Cela—, tuvo una primera edición en 1959.

Lo leímos nosotros entonces. Cela, en una breve nota que coloca a esta segunda edición, insinúa que casi la considera la primera, por la escasa difusión del volumen de 1959.

Digamos de pasada que Cela se demora demasiado

—han pasado veinte años (pero veinte años para un gran trabajador no son... nada, son... un suspiro)

desde la publicación de «La rosa»—, se demora en darnos el segundo tomo de sus memorias.

Quizá el escritor lo va componiendo poco a poco; tal vez, por el contrario, experimenta hastío o dolor al pensar en hundir el bisturí de la memoria en esas etapas, tan infelices como otras cualesquiera de la vida, que son la pubertad y la primera juventud.

«La rosa» es, en efecto, el «librillo sentimental y quizá ingenuo» que dice el propio autor. Pero es un librillo de encantadora lectura. Nos acordamos nosotros, en esta segunda lectura, por un instante, sólo por un instante, de Elena Fortún. ¿No eran divertidos, fabulosamente divertidos, los libros de esta escritora? Divertidos... para los niños, para los adolescentes. En Cela, claro es, tras la diversión, apunta el drama de la vida, que alcanza a todas las edades. Un libro autobiográfico acerca del niño pequeño que un día fue su autor no es frecuente. Casi nadie vuelve la vista tan atrás. La generalidad de los autores —y de quienes no son autores— lo consideraría verdaderamente absurdo. ¿Qué se puede recordar de época tan lejana? Cela se reduce, en su libro, a no más allá de una docena de escenas. Pero sí se pone empeño en el recuerdo advertiremos que acuden a la memoria más hechos y circunstancias pretéritas de los que hubiéramos pensado recordar. Saber no es recordar. ¿Ha recordado Cela —en su propia memoria— todos los hechos menudos que narra? ¿O se los ha referido su madre, «sin cuya colaboración no hubieran podido escribirse estas páginas», según declara el autor en la dedicatoria? Lo difícil no es recordar acontecimientos de la niñez, sino colocarlos en su fecha. Lo difícil es establecer una cronología. ¿Cuándo ocurrió —habla el que suscribe—, en qué ocasión, que al salir de la escuela se hizo una necesidad —la más gruesa de las dos— en los pantalones y le recogió una amiga de la familia, que

le llevó a casa? ¿Cuándo se llenó de alquitrán las rodillas, en un juego, y a fuerza de limpiarse con los dedos, con las unas, brotó sangre? ¿Cuándo le agarró un marroquí —estaba en Marruecos— cogiendo unas simples espigas en un campo, y le amenazó con conducirlo hasta su casa, aunque finalmente —ya cerca de la casa— le soltó? ¿Cuándo oyó una murmuración sobre él —qué crueldad: murmurar gravemente de un niño, murmurar de quien todavía no ha nacido a la vida sexual— y, presa de la más intensa vergüenza, se escondió debajo de una cama? ¿Y el primer espanto ante la consideración del infinito, que recuerda como si lo estuviera viviendo, tan perfecta y distintamente, viéndose muy niño —tendido en la cama, después de cenar—, pero sin poder, como en los restantes ejemplos, ponerle fecha? En todas estas ocasiones existía el sufrimiento. ¿Y cuándo —también están los recuerdos festivos— junto con otros niños preparó un cigarrillo de hojas de parra secas y engañaron con él a un negro que trabajaba en unas obras? ¿Qué éxito asistir al sobresalto del negro y ver las puntas de su gran bigote chamuscados! ¿Y las primeras travessuras sexuales... que cometen todos los niños... y las niñas? Que las cometen, y esto es lo extraño, aun antes del despertar físico a la vida sexual. Los niños pequeños, si tienen su haz y su envés. Si no se les vigila pueden llevar a cabo los mayores estropicios, provocar las más hondas tragedias en que ellos mismos sean protagonistas y los primeros perjudicados.

● Nos parece que Camilo José Cela niño pequeño era un niño bueno. Un niño que —al igual que los pocos adultos buenos que existen en el mundo— jamás se metería con nadie; un niño que —al igual también que muchos de esos mismos adultos—, sin embargo, no era bueno del todo, pues mostraba rencor y deseos de venganza cuando era atacado. ¿Y no se puede excusar esto en un mundo donde la generalidad de los hombres no quiere a su prójimo —y se lo demuestra de mil formas— incluso sin haber recibido ofensa alguna de ese prójimo? el pequeño Camilo José dio una paliza —como lo leen— a un primo de su edad por haberle éste, sin motivo alguno, asestado una soberbia pedrada en la cabeza. En otra ocasión, Camilo José echó a una docena de pollitos al agua de un estanque para que aprendiesen a nadar: los pollitos se ahogaron, con el consiguiente susto y sorpresa del niño, que tendría que responder de la hecatombe. No hay que pedir cuentas desahoradamente a los niños por estas malas acciones. Los niños, probablemente, no nos comprenderán. ¿Qué saben ellos? Los niños pequeños son seres iguales y distintos a los adultos. Iguales porque sufren como ellos y porque solicitan el mismo respeto para su dignidad, y distintos porque su desvalimiento ante la vida es muy grande. No quieren los adultos creer —o no meditan— en el amor propio y en la dignidad de los niños. Y esta dignidad y este amor propio existen. Se trata a los niños pequeños como a seres carentes de vida propia. Piensan también los adultos —o parecen pensar— que los niños no poseen memoria. Pero la poseen. No se saben defender los niños —por impotencia física, por inexperiencia, una inexperiencia general en las cosas de la vida— y, al cabo del tiempo, ya adultos, recuerdan —tenganlo presente los parientes y allegados— los agravios recibidos en esos primeros lejanos —o no tan lejanos— años de su existencia. Recuerdan las azotinas, las malas palabras, la desatención, las tañerías ante sus pedidos, el trato desabrido. Tenemos un recuerdo de esta dignidad atropellada de los niños. ¿Qué habría hecho aquel chiquillo de cuatro a cinco años que una mañana, en el centro de Málaga, caminaba delante de nosotros junto a tres mujeres? La más cercana al niño se inclinó de pronto hacia éste y le propinó unos ligeros azotes en el trasero. ¿No supone una gran inconsciencia, no

implica una gran vulgaridad pegar a quien no puede defenderse? El niño expresó la protesta en su rostro enfadado. A continuación, la mujer quiso tomarle de la mano y el niño, en un gesto tan firme como el de un adulto, se la negó, escondiéndola a la espalda. Mientras, siguió caminando —¿qué remedio!— junto a la mujer, al mismo paso apresurado que ella. ¿Con qué facilidad se alarga la mano hacia los niños! ¿No se piensa, de verdad, en el sufrimiento que se les acusa?

● Los niños, en una palabra, no culpables de nada, experimentan las consecuencias —seguramente de modo inevitable— de los diversos males de la vida. La ignorancia, temible ignorancia, que aqueja a multitud de hombres y mujeres, influye en ello, tanto o más que el azar o la mala voluntad. Pensamos en estas madres, siempre de humilde extracción, que salen a la calle dejando en casa, encerrados, solos, con una estufa o un brasero encendidos, a uno o varios niños pequeños. Se nos encoge el corazón al leer luego, en la Prensa, la noticia: la noticia del incendio y de las muertes. Los niños —ya lo decíamos atrás, y es señal de su inocencia— son propensos, en los momentos de peligro o de penas agudas, a refugiarse debajo de la cama. A veces, en uno de estos incendios, de muertes de niños dejados solos, el niño no resulta quemado, pero aparece, asfixiado..., debajo de la cama. Allí fue a ampararse en su situación desesperada. Nos asalta, al pensar en esa situación y su tragedia, el más lastimoso de los sentimientos. ¿Se conmueven las esferas —las estrellas, como dicen los poetas, el magnífico Francisco de la Torre, por ejemplo— por las adversas vicisitudes que soportan los hombres? ¿Y no se conmueven ante la desesperación de un niño de tres o cinco años? En ocasiones, apartamos desabridamente de nosotros a un chico, porque nos agota, momentáneamente, la paciencia. Bastaría, quizá, desviar la atención del niño, para que el niño dejara de molestarnos. A renglón seguido de nuestro comportamiento desabrido, apunta en nosotros el remordimiento. Prometámonos —al meditar en este desabrimiento— ser un poco mejores, más comprensivos con los niños, que nada saben y que por nada tampoco se han hecho acreedores todavía a ninguna pena.

Escribe César Antonio MOLINA

La poesía, a degüello

DESDE hace tiempo venimos asistiendo con reiteración al debatido tema de la crisis de nuestro teatro, de nuestra narrativa y, en general, de toda nuestra cultura. La poesía, mientras tanto, se ha mantenido al margen de estas disquisiciones, coyunturales y estériles, ficticias o no, para épocas de sequía. La realidad está en que este género literario ha sufrido y sufre paralelas circunstancias depresivas, sólo que mejor y más fácilmente enmascaradas. En aparecencia, mejor enmascaradas, aunque de resultados peores y más caóticos, porque, si al menos en el campo de la novelística podemos echar mano de apenas media docena de autores valiosos, ocurriendo esto mismo, en menor cantidad, dentro de la creación teatral, en el campo poético los nombres, las tendencias y estilos pueden surgir a borbotones, para, seguidamente, sumergirnos en el caos más absoluto, que se vislumbra como exagerado desde finales de la década del sesenta. La poesía se ha convertido en un «género» (?) de contrabandistas, que pasan la carga a través de antologías fáciles, de reseñas de compromiso bien distribuidas, de olvidos cruentos, todo lo cual luego se alardea como magistrales descubrimientos. A partir de una fecha muy determinada de fines de la década del sesenta, el sesenta y ocho para concretarlo de alguna forma, el monolitismo de la poesía española, exacerbada desde la posguerra, se agrieta, se resquebraja, entregándose a una deriva, en la que todavía permanece y comparte a otros niveles con la mundial.

QUE hacer? Realmente nos encontramos en un momento decisivo no para actuar de una forma violenta e irracional, intentando romper con todo este pasado e incluso presente, sino, por el contrario, en circunstancias como las presentes, se exige mucha sangre fría, contención y una capacidad reflexiva enormemente lúcida. Por lo pronto, es necesario olvidarse que la historia de casi toda nuestra poesía de posguerra y actual se ha venido haciendo a través de las antologías. También, rescatar muy pocos libros de ensayo y todavía menos artículos y críticas literarias que sobreabundaron y sobreabundaban en falsear, adular y ocultar la información de

lo realmente importante. Tanto por un exceso de fácil coqueteo como —y eso es peor todavía— por una incultura manifiesta. Es ya hora y tiempo oportuno de comenzar a revisar obra por obra, autor por autor, las revistas de creación, etcétera, y, ¡cómo no!, de que la crítica lave sus culpas, reiniciando con más profesionalidad una tarea que no debe pasar inadvertida. También nuestros salones del academicismo universitario deberían colaborar en este empeño. La poesía española de estos últimos años no es todavía la que nosotros conocemos. La historia de la poesía española de estas décadas está cargada de injusticias, de olvidos, de estudios mediatizados y mediocres, de falsas oleadas de exaltación sin suficiente base. Además, desde el sesenta y ocho, una vez roto el aspecto monolítico de nuestra poesía, es importante hacer una revisión a fondo de las diversas tendencias que la recorren, de sus diferentes núcleos, de sus diferentes estilos, que, si bien en otros países ya podrían resultar caducos, en el nuestro se nos ofrecen como renovadores.



● UN EJEMPLO A SEGUIR

MIENTRAS tanto, y a la espera de que se produzca este lento movimiento de convulsión, recibimos con verdadero interés trabajos y ensayos como éste de Julio López (1), dedicado a un estudio profundamente crítico y recapitulador sobre la obra de Rafael Morales. «Poesía y realidad en Rafael Morales» nos depara dos grandes aspectos para reflexionar. El primero es ver cómo, una vez más, Julio López se enfrenta con la necesidad de escharbar en nuestras raíces más inmediatas, rastreando todo aquello que de posiblemente valioso y captulador en los momentos presentes pueden tener poetas de las generaciones pasadas. Otro aspecto sería el de apartar ciertos prejuicios hacia una obra que, por muchos de nosotros, ha estado relegada a un segundo plano. Julio López comprendió perfectamente que la única manera de salvarnos de la presente confusión es reflexionar sobre nuestro pasado más inmediato, y, en este caso, Rafael Morales actúa como un magnífico pretexto y, además, como un inmejorable punto de partida. Julio López, como poeta y como uno de los más agudos y formados jóvenes críticos, intenta establecer puentes, unir conexiones, reencontrar estilos que todavía hoy le puedan o nos puedan servir para recapitular. Particularmente, el trabajo ensayístico de Julio López me parece ejemplar, aunque también, antes y después del buen despliegue dialéctico del libro, este poeta, «entre dos aguas, entre dos tendencias, entre dos anhelos siempre contrapuestos», no sea santo de mi devoción. Lo tauro-épico, lo barroquizante, lo elegiaco, lo neorromántico y urbano son estudiados en base a toda la obra poética de Rafael Morales como algo vivo, algo todavía de valor para utilizar como recambio en momento de tensión e inseguridad. Fundamentalmente, nos parece de vital trascendencia el estudio que, bajo la denominación de «Apuntes para una épica», le dedica a los «Poemas del toro». El trabajo de Julio López sirve para demostrarnos y animarnos en la continuación y perseverancia en llevar adelante estas propuestas de estudio e, igualmente, ver la fertilidad de proyectos como el suyo. Sería muy importante que el autor no abandonase esta labor que desde algún tiempo viene emprendiendo y dedicando a estas recapitulaciones poético-literarias.

(1) «Poesía y realidad en Rafael Morales», Ambito Literario, 1979. En esa editorial existe una reciente antología del mismo autor, con poemas inéditos.

Escribe J. A. UGALDE

LA ODISEA DE ELS JOGLARS

«Mucha gente se desternilla de risa con nuestras obras, pero luego reflexiona y se queda un poco gélida, al parar mientes en la crueldad y dramatismo de las situaciones que le han hecho reír»

TRES años han transcurrido ya desde que la representación de su obra «La Torna» dispersara a la gente de Els Joglars. El grupo había iniciado su andadura teatral en 1962 con «Mimodramas» y hasta «El diari» de 1968 se mantuvo en una investigación ligada al mimo clásico. En 1970, «El Joc» supuso un ramalazo de salud y alegría teatral que aún no se ha extinguido del recuerdo de quienes contemplaron la obra. El camino que se abría ante Els Joglars no podía ser más propicio y su manera originalísima de hacer teatro fue saludada dentro y fuera del país.

CRUEL Ubris» (1972), «Mary d'Ous» (1973) y «Alias Serrallonga» (1974) confirmaron la gran potencia expresiva e irónica del grupo. Pero, en la representación de esta última obra se inició una trágica mala racha: primero fue el fatal accidente de Gloria Roggoni; luego el diablo cargó el arma que disparaban simuladamente contra Víctor Martínez al encarnar a Serrallonga; por último Ferrán Rañé tuvo un grave accidente de coche. El grupo continuó contra viento y marea, pero en diciembre de 1977, su nueva obra, «La Torna», que efectuaba transparentes consideraciones en torno a los ajusticiamientos del apátrida Heinz Chez y del anarquista Salvador Puig Antich, se topó con la oposición militar y acabó con la detención o exilio de los actores de Els Joglars.

Rafael Orri, uno de los actuales componentes del grupo, reconstruye la situación de Els Joglars tras aquellos episodios: «La apertura de aquel sumario por la jurisdicción militar supuso la interrupción de todo funcionamiento. Pero la huida de Boadella a Francia posibilitó la renovación del grupo. En julio de 1978, en el exilio de Perpignan, Boadella inició el montaje de «M-7 Catalonia», con actores nuevos, pues, entre quienes estaban todavía en la cárcel y quienes se encontraban en el exilio, no hubo manera de colaborar con la antigua gente del grupo. A partir de este momento se produjo una nueva dinámica: Els Joglars se constituyó en compañía teatral y Albert Boadella se convirtió en director. Durante cuatro meses trabajamos en el montaje y luego estrenamos, primero en Perpignan y, más tarde, en Madrid.

«Evidentemente, la continuidad del grupo, de su nombre, fue una preocupación constante. ¿Cómo nació la idea de «M-7 Catalonia» y qué novedades introdujo en la trayectoria de Els Joglars?

«Boadella fue el creador de la idea de la obra y demostró que, pese a las circunstancias adversas, el grupo tenía continuidad. Boadella estuvo presente en el estreno de Madrid: entró en el país sin peluca y la revista «Interviú» hizo un reportaje de su estancia. La obra suponía una cierta reconciliación con el realismo, aunque creemos que será temporal y que pronto volveremos a divorciarnos de él. Es una obra madura que, además, continúa la trayectoria de «La Torna» en cuanto que, sin ser teatro político, posee

ciertos contenidos de crítica política directa.

«¿Ha cambiado el sistema de trabajo en esta nueva etapa?

«No. Lo que sí ha variado es el fun-

tituirse en compañía, es decir, al dejar de ser grupo independiente, los actores no somos vitalicios, aunque Boadella trata de que haya una continuidad de la línea interpretativa. Ahora, por ejemplo, en «La Odisea», intervienen actores distintos a los de «M-7 Catalonia». Los que interpretamos esta obra, Ramón Teixidor, Ana Barderi, Pitus Fernández, Antoni Vicent Valero, Carmen Periano y yo, preparamos otro montaje que, por el momento no sabemos en qué acabará y que tiene ya más de cuarenta títulos provisionales. Tenemos prevista una gira por el extranjero con nuestros dos repertorios. En cuanto al sistema de trabajo, sigue siendo el mismo: partimos de una idea matriz y durante los ensayos, se trabaja en la improvisación y en la creación de situaciones, proceso del que se obtiene un guión. Nunca se escribe un texto previo, sino que la obra se construye en el propio itinerario.

«¿Cuál fue la acogida que tuvo «M-7 Catalonia», tras el obligado paréntesis que se convirtió en símbolo de la lucha por la libertad de expresión?

«La verdad es que, cuando estrenamos la obra en Madrid, en octubre de 1978, esperábamos una acogida fervorosa que no se dio; ni tampoco cuando la estrenamos en Barcelona. Donde sí ha tenido enormes éxitos ha sido en las giras por el extranjero: en Alemania, por ejemplo, fue el delirio y, en Italia, también, aunque no tanto.

«¿Creéis que el teatro goza de buena salud expresiva en el país en estos momentos?

«A partir de «La Torna», nosotros no hemos tenido problemas flagrantes de libertad de expresión. Imagino que como otros grupos. Claro que todavía hay muchos asuntos conflictivos y, por otro lado, Boadella tiene pendiente un juicio, aunque, personalmente, creo que no llegará a celebrarse nunca.

«Hablemos de vuestra última obra, «La Odisea». Si no me equivoco, el montaje de esta obra tuvo un antecedente que preparasteis para un programa infantil de televisión...

«Efectivamente, hubo una experiencia anterior en televisión, pero el montaje actual tiene muy poco que ver con aquél. «La Odisea» es una adaptación libre de la obra de Homero, una versión pocosa en la que alternan los caracteres épicos de aquellos héroes, la atmósfera mediterránea y situaciones de hoy, homologables a las de la epopeya. Como Els Joglars se ha desdoblado, «La Odisea» trata de ser una obra divertida y de fácil acceso para todos los públicos, mientras que «M-7 Catalonia» es un análisis más sutil de las formas modernas de relación, de los tópicos actuales teleguiados por la invasión anglosajona. «La Odisea» estará en cartel en la Sala Olimpia hasta el día 24. Luego iniciará un recorrido por Segovia, Andalucía, País Vasco, Galicia, Asturias...

«Hace poco leía, no recuerdo en qué libro, que «las maneras» son la fusión de los movimientos del espíritu y del cuerpo. A mi parecer, Els Joglars sois expertos en el análisis de esas maneras, de esos movimientos impalpables, a veces, pero reveladores del ser de las gentes y los individuos. ¿Estás de acuerdo?

«Bueno, por eso cuenta tanto la expresión corporal, la captación de los gestos, los «tics», las maneras en que la gente vierte sus emociones. Y todo eso tratamos de recogerlo como juego y, también, como cooperación sería al conocimiento de lo que son los hombres. Mucha gente se desternilla de risa con nuestras obras, pero luego reflexiona y se queda un poco gélida, al parar mientes en la crueldad y dramatismo de las situaciones que le han hecho reír.

«Pero también ha habido una evolución, que se inicia con el silencio y que en «Alias Serrallonga» accedía por fin a la palabra...

«Els Joglars empezó con el mimo clásico; luego, incorporó sus propias investigaciones sobre el mismo; y, después, poco a poco, fue introduciendo el ruido, el sonido, las palabras inconexas y, más tarde las frases, por ejemplo en «Cruel

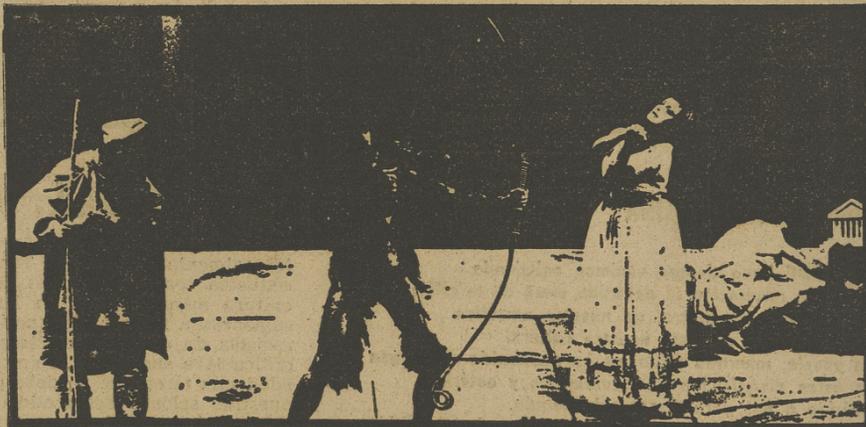
Ubris», en la que esas mismas palabras del título de la obra se repetían constantemente, como una especie de conjuro; por fin, apareció el lenguaje, pero no el texto literario, sino diálogos nacidos en las improvisaciones.

«¿Cuál es el papel de Albert Boadella? ¿Hasta qué punto es decisiva su intervención?

«Bueno, yo no quisiera caer en el culto a la personalidad, pero me parece que su intuición teatral ha sido el corazón de Els Joglars. Y más aún en esta etapa en la que dirige las obras, aunque en «La Odisea», a poco de empezar los ensayos, fue encarcelado y su ayudante, Doménech Reixart,, se encargó del montaje. Pero, desde luego, las ideas iniciales y generadoras han partido de él. Y en el trabajo de ensayo, cuando la obra se va diseñando a través de la improvisación, él es quien observa desde fuera y, a partir de nuestro trabajo como actores, da los giros cruciales. Tiene una capacidad genial para darnos cuenta de los matices, para revelarnos la posible dirección de una serie de hallazgos, la unidad posible de un abanico de expresiones...

«Para terminar esta entrevista, y aprovechando la reciente elección de un nuevo ministro de Cultura, ¿qué pediríais para el teatro, en general, y para el teatro catalán en particular?

«(Piensa un rato) Yo pediría que la gente fuese al teatro, claro que sí; en el fondo ese deseo tiene que ver con el Ministerio, pero más, en concreto, con la mejora cultural del país que, desde allí, deben impulsar. La verdad es que, tras diecinueve años de historia, Els Joglars no carece de público. Sin embargo, hay experiencias muy interesantes de otros grupos, tanto catalanes como de otras partes del país que, desgraciadamente, apenas reciben atención. Tal vez con más subvenciones y otros sistemas de apoyo, estas experiencias recibirían el respaldo del público al poder tener mayor continuidad y preparación.



SALA OLIMPIA: LA IMAGINACION AL TEATRO

La entrevista con Rafael Orri, miembro de Els Joglars, ha transcurrido en la oficina de la sala Olimpia la víspera del estreno. En el remozado local de la plaza de Lavapiés, de aquí para allá, la gente se agita ultimando los preparativos en el escenario, en el patio de butacas, en los camerinos. El teléfono trabaja ininterrumpidamente mientras Javier Estrella, uno de los cuatro miembros de la Junta directiva de la sala, me cuenta la aventura de estos animadores culturales que se lanzaron a poner a punto un local que sirviera para un arco iris de actividades.

«Un sueño tuvo la culpa. Carlos Sánchez, uno de los directivos de la sala Cadarso, donde no se podían programar ni recitales de música ni otro tipo de actos, que ya entonces imaginábamos, soñó un día con un hermoso local, situado en la plaza de Lavapiés. Era una época en que el teatrillo de la calle de Cadarso estaba cerrado por orden administrativa, y un grupo de gente nos dedicábamos a visitar locales que estuvieran cerrados o en alquiler, y cuando Carlos nos contó su sueño vinimos a comprobarlo y nos dimos cuenta de que respondía a todas nuestras esperanzas. Atravesaba, por aquel entonces, un bache que se fue agudizando, y al final logramos que lo alquilaran al Centro Cultural La Corrala, que había regido la sala Cadarso.

Además había una promesa de Pio Cabanillas, de cuando se cerró el citado local, de que si encontrábamos un teatro en condiciones nos ayudarían económicamente, de manera que tras una serie de conversaciones obtuvimos

la ayuda y nos pusimos a hacer la reforma. Como suele pasar en estos casos, los presupuestos se quedaron cortos y tuvimos que buscar nuevos sostenes económicos, que han acrecentado la deuda del Centro Cultural La Corrala. La reforma se ciñó al acondicionamiento de la sala para poder hacer teatro, música y otro tipo de actividades, que por ahora se han limitado a cursillos de iniciación al teatro, formación de actores, iniciación a la música, fotografía... La obra la realizaron un grupo de jóvenes arquitectos del equipo Dédalo, y en diciembre empezamos a programar.

El local se estrenó en diciembre pasado con el «Galileo Galilei», de Bertold Brecht, en versión del Grupo Internacional de Teatro (GIT). Y después, la sala Olimpia ha ofrecido una serie de recitales de la Compañía Eléctrica Dharma, a los que sigue la actual representación de «La Odisea», de Els Joglars.

«Pero no hemos hecho más que empezar» —sigue diciéndome Javier Estrella— con la pasión gesticuladora que le caracteriza. Y, mientras recorremos las dependencias de la sala Olimpia, va narrándome las posibilidades que presenta y que, desde luego, no carecen de simetría en la imaginación de los cuatro directivos. Anexo al edificio hay un solar que, en tiempos, fue cine al aire libre y que, «si los cálculos no nos fallan, pronto volverá a serlo: aquí podríamos poner unas mesas, pintaríamos la pantalla, arreglaríamos la cornisa que la protege y se podría ver cine, mientras se toman unas copas y luego, pues, podría haber música en otra parte del local...».

Otra vez en grupo, rodeados del ambiente de la farándula, escucho otros proyectos más o menos avanzados en su acercamiento a la realización y, de entre ellos, se me queda grabado un interesantísimo encuentro de grupos que trabajan en la calle, en formas teatrales festivas, con máscaras y muñecos. Un espectáculo de espectáculos, en el que se aunaría la exposición de sus caretas, escenarios y títeres, con la música y los números ejecutados en directo por los propios grupos y con imágenes de video acerca de festivales mundiales de tal tipo de teatro. Tres horas de gozo que esperamos lleguen a buen puerto. «Tal vez para mayo» escucho decir a Isabel González, otra de las artífices de la programación. Por el momento, los organizadores han planificado las actividades de los próximos meses, en la sala Olimpia, según el siguiente programa:

- Del 26 de febrero al 2 de marzo, recitales de Amancio Prada y del grupo de marionetas Libélula, con su espectáculo «Canciones de amor y celda».
- Del 4 al 16 de marzo, el grupo de teatro Tossal, con la obra «De aquí a cien años, todos calvos».
- Del 18 al 31 de marzo, el grupo Dagoll Dagom, con la obra «Antaviana», musicada, en directo, por Sisa.
- Del 5 al 13 de abril, Festival de Teatro Latinoamericano, en colaboración organizativa con el Ministerio de Cultura. Intervendrán los grupos Teatro de los Buenos Aires; Nueva Compañía, de Caracas; Compañía de Ruth Escobar, de Brasil, y grupo Instruc, de Chile.